

SUFRIR LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

Sufrir con paciencia no equivale a soportar como piedras los defectos, las manías o los ataques de los demás. La tolerancia es un valor muy aplaudido por el mundo de hoy. Es un derecho personal y un deber social.

Ni siquiera en el ambiente familiar es fácil la tolerancia. En muchas ocasiones es difícil aceptar con paz y comprensión los errores del cónyuge o las impertinencias de los hijos. En este campo las personas necesitan con frecuencia la ayuda de una competente orientación familiar.

No basta con aceptar el “modo de ser” de la persona. Hay que aceptar su mismo “ser”. Es decir, la aceptación del otro se remonta en la familia hasta los mismos orígenes de la vida. El aborto es el rechazo a una persona que ya ha llegado a la familia.

La misericordia es un atributo de Dios. Él es un “Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal” (Sal 86,15). Esa confesión es un signo de la confianza que en él deposita el creyente: “El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo” (Sal 116,5).

Pero la paciencia y la impaciencia marcan el ritmo de las relaciones interpersonales. En la literatura sapiencial se encuentra una observación nacida de la experiencia diaria: “El de genio pronto, hace necedades, mientras que el hombre reflexivo aguanta” (Prov 14,17).

Jesús muestra su compasión hacia los cojos, los ciegos, los tartamudos y los leprosos. Es más, como para revelar la misericordia universal de Dios, Jesús acepta la petición insistente de ayuda que le dirige una mujer extranjera.

El Resucitado se hace caminante con los discípulos que se dirigen a Emaús y prepara un desayuno junto al lago de Galilea para los que regresan a la costa sin haber pescado nada.

San Pablo ruega a los fieles de Tesalónica que tengan paciencia unos con otros: “Os exhortamos, hermanos, a que amonestéis a los que viven desconcertados, animéis a los pusilánimes, sostengáis a los débiles y seáis pacientes con todos” (1 Tes 5,14). Cuatro buenos consejos para una sana convivencia

Esta obra de misericordia exige valorar todo lo bueno y noble que encontramos en los demás. En un mundo demasiado crispado, es preciso tratar de descubrir no sólo los defectos, sino también los valores positivos que poseen todos nuestros prójimos.

Habrà que aprender a ver “personas” detrás del rostro de los demás. Cada uno de los miembros de nuestra familia es un don que Dios nos ha enviado. Es una persona, con sus límites y sus alcances, con sus logros y sus malogros, con su pobreza y su riqueza.

Es preciso estar siempre dispuestos a disculpar y perdonar las ofensas que podamos sufrir de parte de nuestros vecinos. Hay que aprender a situarse constantemente en el lugar del otro. Esa es la regla de oro de todas las culturas y de todos los sistemas éticos.

José-Román Flecha Andrés